

MECENAZGO Y ARQUITECTURA EN LA COMUNIDAD DE MADRID

PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

Estas breves consideraciones sobre la iniciativa arquitectónica en nuestra Comunidad, vista a través de la historia, deben partir necesariamente de una reflexión preliminar en relación con el límite territorial de la provincia.

Esta se formó en el pasado siglo a raíz de un conocido R.D. de 30 de noviembre de 1833, debido al entonces ministro de Fomento, don Javier de Burgos que en realidad no hacía sino desarrollar una propuesta del Trienio Constitucional y ésta, a su vez, no era más que la elaboración de un ambicioso proyecto liberal emanado de las Cortes de Cádiz que deseaba olvidar los «nombres de los reinos y señoríos que componen la Monarquía española... dividiendo el territorio sin consideración a sus antiguos límites», según proponía el diputado Pelegrín en la sesión de 23 de mayo de 1812 y recoge Garrigós en su estudio sobre la «Organización territorial a fines del Antiguo Régimen».

Lo que probablemente ya resulte menos conocido es que aquel Decreto de 1833, hecho público a los dos meses de la muerte de Fernando VII, hacía crecer considerablemente la provincia de Madrid a costa de la redistribución de las provincias limítrofes, con pueblos hasta entonces pertenecientes a Guadalajara y Toledo, principalmente, y en menor medida a Segovia y apenas un par de lugares —pero muy significativos— de Avila. No es menos cierto que, «a cambio», Madrid traspasaba a Guadalajara un número nada desdeñable de lugares, quedando en aquel momento configurada la provincia con un total de 225 pueblos, tal y como puntualmente recoge Madoz en su Diccionario.

Quien desconoce este hecho difícilmente puede entender parte de lo que sucede en nuestro patrimonio urbanístico y arquitectónico hasta el siglo XVIII, y en especial durante la Edad Media. En efecto, la arquitectura de la Comunidad de Madrid, aquella en la que ahora se interviene y rescata, tiene sus raíces más allá de sus límites y debe las soluciones constructivas o sus gestos estilísticos a otros focos inmediatos más activos como Toledo, Segovia y Guadalajara a los que sólo muy tardíamente lograría eclipsar Madrid.

A esta diferencia de origen de la arquitectura madrileña desearía añadir otras no menos importantes como es el distinto clima y suelo que tiene nuestra Comunidad y que afecta especialmente a la arquitectura popular; el hecho de la capitalidad de Madrid (1561) y lo que ello supuso de flujo y reflujo arquitectónico en su alfor; la existencia de los Reales Sitios y su crecimiento desde el siglo XVI al siglo XIX, con una repercusión edilicia y urbanística de primer orden; la muy distinta propiedad de la tierra, realengo y señorío principalmente, que repercute a la hora de elección del maestro o arquitecto que no es siempre del lugar pero que llega allí llamado por el propietario que tiene otras tierras fuera de este ámbito madrileño; etc. Con ello no queremos sino llamar la atención sobre la dificultad que supone actuar en una herencia tan compleja a la que no es ajena, sino todo lo contra-

rio, lo que hay de discurso histórico en sus entrañas, tanto desde el punto de vista formal como constructivo, de adecuación y expresión.

Si yo me encontrara haciendo una historia de la arquitectura de la Comunidad de Madrid, tarea aún por emprender, no me podría sustraer de incluir un último capítulo, a medio camino entre la exposición objetiva y la crítica, sobre una realidad incontestable cual es la iniciativa institucional de la Comunidad en relación con la nueva arquitectura generada en el medio rural, si bien éste es un adjetivo hoy a matizar. Analizado desde el prisma de la historia se trata de un fenómeno nuevo que induce a varias reflexiones. Por una parte el hecho mismo de la iniciativa que en nuestros días sólo puede hacerse desde el Estado, pues ni la Iglesia ni la Monarquía, que tradicionalmente han desempeñado el mecenazgo más activo, pueden ya emprender una tarea análoga a la que se recoge en las próximas páginas. Menos cabe decir del mecenazgo arquitectónico privado que siempre ha sido exiguo y prácticamente inexistente en nuestro país, aunque en la Comunidad contemos con algún ejemplo de excepción. Sobre cómo se ha producido la arquitectura en nuestro suelo hasta el final del Antiguo Régimen versarán las siguientes líneas que, en todo caso, no pueden sino tomarse como guión de un más largo trabajo.

En primer lugar, me retrotraeré al mundo romano puesto que entiendo que la infraestructura viaria contribuyó decisivamente, más de lo que pudiera parecer, a la futura ordenación del territorio, convirtiendo nuestro solar en un cruce importante y obligado. Así sucede con los pasos de la Sierra de Guadarrama que buscan la cuenca del Tajo y con la muy importante vía que ponía en comunicación el valle del Ebro (Zaragoza) con los valles del Gadiana (Mérida) y Guadalquivir (Córdoba), pasando aquella por Complutum (Alcalá de Henares) y Titulcia, mansiones que ya se citan en el conocido Itinerario de Antonio (S. III d.C.). De Complutum y por Caraca (Carabaña) partía otra importante vía que llevaba hacia Valencia y Cartagena. Creo que es éste un primer episodio debido a la administración romana que debe entenderse como intervención uniforme dentro de un proceso de colonización de uso militar y comercial, fundamentalmente. La realidad sostenida de su permanencia en el tiempo, con leves modificaciones y mejoras en el período que aquí se aborda, le dan a mi entender una significación de primer orden.

Sobre esta red viaria principal y otras secundarias se fueron formando nuevos núcleos de muy distinta entidad, todo ello poco conocido y donde, en todo caso, la arqueología más que la arquitectura tendría algo que decir. Con mayor seguridad cabe referirse al período islámico, del que sin duda los restos de Madrid musulmán (Magerit) serían los testimonios más relevantes de este segundo capítulo. Lo que interesa señalar es que la fundación de Madrid, debida al emir Muhammad I (852-886), tenía un carácter absolutamente militar, formando parte de un sistema defensivo que protegía la cuenca del Tajo de las incursiones cristianas que, procedentes del Norte, atravesaban la Sierra de Guadarrama por los pasos que, entre otros, abrieron los romanos. Dado que Madrid y sus alrededores viven entonces una crítica situación fronteriza entre cristianos y musulmanes, no cabe esperar fuera de lo defensivo y militar, ninguna obra de envergadura. Para que esto se produzca deberá tomar Alfonso VI la ciudad de Toledo (1085), momento a partir del cual se abre un tercer episodio que llegaría hasta el final del siglo XV y comienzos del XVI, en el que surge en Madrid una arquitectura medieval nada desdeñable, si bien nunca podría compararse, salvo excepciones, con el número y calidad de la obra producida al norte de la Sierra o

al sur del Tajo a su paso por nuestra Comunidad. Ello a pesar de las ensoñaduras visiones de nuestros pintores románticos, como las de don Jenaro Pérez Villaamil incluidas en *La España Artística y Monumental* (París, 1850), entre las que encontramos la maravillosa e irreal iglesia morisca de Humanejos. Ello no quita para que no deje de ser cierto que Madrid cuenta con una muy importante serie de iglesias, torres, ábsides y techumbres mudéjares, de clara estirpe toledana, como pueda ser la torre de Navalcarnero, tocada con barroco chapitel, en cuyos inmediatos ambientes ahora se proyectan nuevas intervenciones.

De cualquier modo, aquella visión de Villaamil mostrando una iglesia entre ruinosa y abandonada, soñada en un momento en el que poetas y pintores dieron la voz de alarma hacia este legado medieval antes de que llegaran las actuaciones de los arquitectos y las decisiones de los políticos, responde a una realidad dispersa y mal conocida todavía cual es la serie de sencillas iglesias rurales, en piedra unas veces, en ladrillo otras, con rasgos claramente románticos o góticos en ocasiones, o bien con signos evidentes de mudejarismo. Todas ellas tienen en común su modestia, su carácter rural y su escala adecuada al lugar como obra que es de una pequeña población que ha de costear la construcción de su propia iglesia seguramente debida a maestros locales bajo la dirección de alguno que conoce los modelos o prototipos más próximos. De todo esto sería un buen ejemplo el pueblo de Talamanca, sobre la vieja ruta del Jarama que en otro tiempo estuadiara Torres Balbás. Talamanca cuenta con una iglesia parroquial de buen ábside románico en piedra y al tiempo con el resto de otra iglesia de la que sólo queda la cabecera, conocida hoy como ermita de los Milagros, con una interesante y sencilla versión en ladrillo del ábside románico, uno y otro deben sus rasgos más característicos a los modelos segovianos, tan claros en la que podríamos llamar versión más culta y costosa, como obra de cantería que es el ábside de la parroquia, como en la que parece ser más barata y popular por su fábrica de ladrillo en la mencionada ermita. Ante esta última se propone ahora una actuación de claro contraste en la plaza inmediata.

Como contraste con estas modestas iglesias podemos encontrar al final de la Edad Media, otra serie de parroquias verdaderamente monumentales y que están sobredimensionadas en relación con el pueblo en cuestión. Ello se debe sin duda a la presencia de un poderoso mecenas que por razones diversas en cada caso quiere dejar constancia de su generosidad para con el lugar. Un caso muy elocuente sería el de Torrelaguna, villa natal del cardenal Cisneros, quien costeó la fachada principal de la iglesia y su hermosa torre. Sin embargo cuando Cisneros interviene en la obra, la iglesia ya había sido concebida como una empresa sigular por el hecho de pertenecer la villa a la iglesia de Toledo, siendo sus arzobispos los patronos de la obra: Martínez de Contreras, cardenal Mendoza, Cisneros y Alonso de Fonseca, principalmente. Algo análogo cabría decir de otra gran iglesia de nuestra Comunidad como es la Magistral de Alcalá de Henares, villa que pasó a pertenecer igualmente a la Iglesia de Toledo, cuyos arzobispos levantaron en Alcalá su propio palacio y cerca. Esta presencia iba a resultar positiva para la ciudad pues su antigua iglesia que debía ser pequeña y encontrarse en mal estado fue derribada quizá por el cardenal Mendoza para erigir otra mayor. Este cometido quedaría reservado a Cisneros, quien supo aumentar las rentas de la futura Magistral con los beneficios parroquiales de otros pueblos vinculados a Alcalá, según ha estudiado Aurea de la Morena. El resultado fue el de una iglesia de gran empaque debida a Enrique y Antón Egas, que eran arquitectos de la propia catedral tole-

dana. Todo ello hace más fácil explicar otra de las grandes empresas constructivas como es la Universidad de Alcalá, que hace del Cardenal Cisneros uno de los mecenas más señalados en nuestro humanismo.

Otros testimonios de este mecenazgo cualificado que muy pronto se advierte por el mayor volumen y belleza del edificio, adivinándose la presencia de un artífice singular, lo ofrece la iglesia parroquial de Colmenar Viejo, cuyo patronazgo está unido a otro nombre propio que fomentó la arquitectura en la provincia de Madrid. Me refiero a la familia Mendoza, marqueses de Santillana y duques del Infantado a los que luego aludiré al hablar del castillo de Manzanares y a cuya jurisdicción pertenecía Colmenar. El nombre de la familia Mendoza se halla igualmente ligado a la iglesia de Meco, una de las más espectaculares de la provincia, por ser éste lugar de su señorío. Sólo así cabe explicar sus dimensiones y el interés arquitectónico de su fábrica, que sigue muy fielmente el modelo de los «hallenkirchen» sobre columnas de clara tradición medieval, a pesar de ser obra ejecutada bien entrado el siglo XVI.

No se puede cerrar esta etapa sin referirse a otro aspecto del patronazgo medieval que al margen de su impulsor inicial, tuvo en las órdenes religiosas sus brazos ejecutores. Me refiero a la arquitectura monástica de la que en Madrid hay dos ejemplos excepcionales: el monasterio de Pelayos y la Cartuja de El Páular. Uno y otra pasaron a manos privadas tras el proceso desamortizador del siglo XIX y ambos debieran estar incluidos en los itinerarios monumentales de la provincia con obligadas horas de visita. Del monasterio Bernardo de Pelayos de la Presa, lugar que pasó de Ávila a Madrid en 1833, está en curso un concienzudo estudio, mientras que de la Cartuja, en su etapa medieval, aún nos quedan grandes lagunas y falta un levantamiento completo más allá de los expresivos dibujos que hiciera Pedro Muguruza.

En relación con la arquitectura religiosa de los siglos XVI al XVIII habría que llamar la atención acerca de las fundaciones que llegan a formar núcleos o conjuntos tan significativos como el de Loeches, Alcalá de Henares y desde luego el propio Madrid, ciudad a la que no haremos mención por desbordar la intención inicial de estas líneas aunque su existencia hay que sobreentenderla, en especial a partir del siglo XVI. Para este tipo de ciudad se ha llegado a acuñar el nombre de «ciudad conventual», dado que son las fundaciones de frailes y monjas carmelitas, dominicos, mercedarias, agustinos y un largo etcétera, las que dan una fisonomía peculiar a sus calles, plazuelas y perfil todo de la ciudad con sus cúpulas y chapiteles empizarrados que, de un modo tópico pero cierto, se ha venido identificando con la arquitectura de los Austrias. Ello se explica en parte por producirse durante su reinado, pero no menos por encontrarse el propio rey, la reina o algún miembro de la familia real detrás de dichas fundaciones. El hecho no es nuevo en absoluto y la misma Cartuja de El Páular que hemos citado no hubiera llegado a ser lo que fue si no tuviera a la dinastía de los Trastámara como patronos. En este orden de cosas habría que matizar constantemente la auténtica paternidad de la actividad de la arquitectura religiosa, pues rara es la fundación verdaderamente notable que no tiene el apoyo real traducido en rentar beneficios y privilegios.

En otras ocasiones son personas notables o próximas al rey, y hablando de fundaciones religiosas del siglo XVII tenemos un caso ejemplar en el magnífico convento e iglesia de las Dominicas de Loeches, debido al Conde-Duque de Olivares y a su mujer doña Inés de

Zúñiga. Mas la cuantificación y detalle de todos estos aspectos que afectan al mecenazgo de la arquitectura, al margen de la valoración de la propia arquitectura, está aún por hacer y habría con ello material para una excelente y deseable tesis doctoral. Si hemos traído aquí estos aspectos conventuales es para recordar también que ellos mismos generaron su propio ambiente urbano, creando ante la fachada de su iglesia una lonja o compás, a menudo limitado también por otros volúmenes del convento, que resultan ser uno de los elementos más atractivos de estas arquitecturas. Para estos espacios se ofrecen ahora propuestas de intervención como puede ser la adecuación de la plaza de las Bernardas de Alcalá de Henares, en las que debiera tenerse en cuenta el especial comportamiento nada casual de estos edificios en relación con su entorno y templar el diseño excesivamente disruptor.

Además de lo ya apuntado sobre la monarquía como impulsora de obra arquitectónica a través de empresas religiosas o civiles, la Comunidad de Madrid cuenta con la huella dejada en su patrimonio por los Reales Sitios y lo que estos generaron en torno a sí, desde los años de Carlos V hasta Isabel II. Si bien la génesis de cada uno de ellos resulta diferente, pues poco o nada tiene que ver El Escorial con Aranjuez, el uso y el tiempo les fue otorgando una cierta homogeneidad en su significado, bien a través de su administración, de la secuencia palacio-jardín-ciudad, de las estancias reales a lo largo del año, todo ello en especial a partir de Carlos III y Carlos IV quienes sirviéndose del talento de arquitectos como Sabatini y Villanueva, actuaron con decisión en estas fundaciones de los Austrias. De estas intervenciones siempre podremos aprender el gran respeto que tanto el comitente como sus arquitectos demostraron hacia la obra anterior. Aún nos sorprende cómo Villanueva, sin dejar de ser un hombre de su tiempo y por lo tanto sin renunciar a su modernidad, incorporó dentro del monasterio de El Escorial la escalera de la zona de palacio, y cómo supo actuar en la lonja escurialense a través de la Casa de Infantes y de la tercera Casa de Oficios. Otro tanto sucede con Sabatini que llegó a desdoblar el viejo y hermoso palacio de El Pardo iniciado por Carlos V, utilizando un particular lenguaje no estrictamente mimético, de tal modo que son evidentes los rasgos del siglo XVIII originales de Sabatini pero sin perder el diálogo con el venerable palacio carolino. Que este maestro italiano supo escuchar la voz de los edificios en que intervino queda patente en la intervención llevada a cabo en el propio palacio de Aranjuez donde el edificio, aparentemente unitario, cuenta con dos potentes y nuevos brazos que fuerzan la vista frontal de la fachada transformando sustancialmente su anterior aspecto.

Llegados a este punto, Aranjuez, veo con gran interés la propuesta de recuperación del trazado general de las grandes calles arboladas en la margen derecha del Tajo, que han estado durante mucho tiempo absolutamente abandonadas, sumándose a este deterioro otros usos que han contribuido a degradar aún más este soberbio espacio natural que el artificio del hombre convirtió en un auténtico paraíso. El visitante apresurado habitualmente ve en Aranjuez el palacio, los jardines de la Isla y del Príncipe y, quizás, observa desde lejos, sin pasearla, la plaza de San Antonio. Pero ésto es sólo una parte y no debemos olvidar que, además de núcleo urbano, Aranjuez tiene unas huertas en las que se hicieron interesantísimos ensayos agronómicos, atravesadas por canales y caminos, cuyo recorrido es igualmente bello. Una vez más aparece aquí Carlos III no sólo como continuador de obras anteriores, en especial del magnífico sistema de riego alimentado por el Tajo y el Jarama, sino como el impulsor definitivo de sus huertas. Así, a él se debe el Real Cortijo de San Isidro,

donde introdujo el estilo de las huertas de Nápoles y Lombardía, la Huerta Valenciana pensada para explotar cultivos levantinos y el Campo Flamenco, que fue un intento, como señalaba don Fernando de Terán en su ejemplar estudio sobre las «Huertas y jardines de Aranjuez», de crear una «pradera al estilo de los llanos de Flandes», con el fin de disponer del «forraje necesario para alimentar la yeguada real».

Todas estas y otras realizaciones de alguna forma estuvieron relacionadas entre sí por largas y amplias calles, tirantes, rectas de potente arbolado, cruzándose entre sí, formando plazas y glorietas estrelladas, la principal llamada de «Las Doce Calles», que derivan de planteamientos urbanísticos propios del siglo XVIII cuya longitud, casi sin horizonte visible, puede bien traducir el poder omnímodo del monarca. Su recuperación y digno mantenimiento pudiera ser, a mi juicio, una de las facetas más positivas, pese a su aparente modestia, de cuantas aquí se presentan. Igualmente se piensa intervenir en la plaza de Rusiñol, lugar desdichado y maltratado como pocos en Aranjuez, pese a que es el ingreso principal y obligado en el Real Sitio, punto de partida del tridente formado por las calles del Príncipe, de la Reina y de las Infantas. Cualquier obra de simple aseo que aquí se hiciera nos haría sentir menor vergüenza en este acceso a una de las creaciones más bellas de la Europa cortesana del siglo XVIII. Pienso, sin embargo, que en Aranjuez no cabe yuxtaponer intervenciones puntuales si no están dentro de un planteamiento general para no introducir nuevos elementos de ruptura. Se impone también aquí una recuperación de travesía urbana como se proponen en Alcorcón, Valdemoro o Villarejo de Salvanés, a fin de borrar la profunda huella y la erosión que ha supuesto el paso de la carretera de Andalucía por la zona más noble de Aranjuez. ¿Veremos algún día rebajar el nivel de la pavimentación hasta su cota original para que los edificios recobren su altura y proporción real? No puedo por menos de hacer igualmente un llamada sobre la urgencia de la recuperación de la serie de calles que, en abanico, parten desde la plaza de Palacio, frente a su fachada principal, abriéndose hacia el corte del tendido ferroviario. En su origen y como corresponde a su proximidad con respecto al palacio, esta zona, donde estaban alojadas las compañías de Guardias Españolas y Walonas que tenían a su cargo la seguridad del monarca, era sin duda una de las más nobles y mejor cuidadas, esto es, todo lo contrario a su estado actual de abandono y miserables construcciones, que resultan difíciles de imaginar a pocos metros de una de las residencias regias más conocidas de Europa del siglo XVIII. Tan sólo el colosal arbolado consigue abstraernos de su extrema situación. Mucho más cabría extenderse sobre Aranjuez, donde el Ayuntamiento, Patrimonio Nacional y Comunidad de Madrid tienen algo más que una asignatura pendiente, pero basten estos comentarios para dejar constancia tanto de lo mucho que resta por hacer como de la nueva sensibilidad manifestada por estos proyectos. Recordaré que Aranjuez fue uno de los lugares que, en 1833, se anexionaron a Madrid «procedentes» de Toledo.

Sin ser en sentido estricto un Real Sitio pero vinculado directísimamente a la familia real, se encuentra el palacio de Boadilla del Monte proyectado por Ventura Rodríguez para el hermano menor de Carlos III, el Infante don Luis. Este hombre, que por sumorganático matrimonio habría debido abandonar la Corte, formó en torno a sí otra menor y utilizó los servicios de los mismos artistas que trabajarían en Madrid para el propio rey como es el citado arquitecto don Ventura Rodríguez y, sobre todo, teniendo como retratista a Goya. Perdidos sus jardines, sin uso el palacio de Boadilla donde a principios de siglo aún

pudo ver colgados don Elías Tormo los lienzos de Goya, se recupera ahora su entorno castigado por el tráfico y olvidado de todos, dignificando la frontera y monumental fuente de vida igualmente al talento del arquitecto de Ciempozuelos.

En esa visión estamental que estamos trazando sobre el mecenazgo arquitectónico, corresponde el turno a la nobleza que, pese a no haber sido muy pródiga en este quehacer, dejó obras muy singulares en Madrid. Hemos señalado anteriormente que aquella concentró el patrimonio eclesiástico con numerosas fundaciones y donaciones, citando algunos ejemplos, y ahora debemos añadir que en general se inclinó muy poco hacia lo que sus iguales hacían allende nuestras fronteras, esto es, convertir la morada propia en un claro signo externo de poder y riqueza. La propia ciudad de Madrid es una buena muestra de la cortedad de esta iniciativa privada que, sin duda, empobreció el capítulo de la arquitectura civil dentro de la historia de la arquitectura española. Los numerosos lugares y tierras de señorío, tanto en la Edad Media como en la Edad Moderna, explican las numerosas torres y castillos con que cuenta nuestra Comunidad como pueden ser los de Pinto, Arroyomolinos, Bates, Buitrago, Chinchón, San Martín de Valdeiglesias o Villaviciosa. Desde el punto de vista arquitectónico destaca entre todos ellos el de Manzanares el Real, debido a don Diego Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Santillana, hijo del gran poeta y nieto del que, con su mismo nombre, fuera Almirante de Castilla. Servicios prestados al rey por varias generaciones de esta familia se vieron compensados por los monarcas con donaciones y privilegios entre los que se encuentran estas tierras altas de nuestra provincia donde, como queda dicho, ejercieron un importante patronazgo. Una vez más el comitente trajo hasta aquí a un maestro foráneo, Juan Guas, quien de otro modo no hubiera llegado nunca a estos parajes. Guas de alguna forma es el arquitecto de los Mendoza y para su castillo de Manzanares, bien plantado en medio de un atractivo paisaje, con semblante grato, donde los elementos propios de su carácter militar no ocultan lo que de cortés y amable tiene la fábrica, Guas, decimos, añadió una bellísima galería-mirador en el costado sur que convierte el castillo en un auténtico «belvedere».

Pocos palacios se levantaron en nuestro suelo sin las defensas de la arquitectura señorial, pudiendo citarse casos aislados como el de Cadalso de los Vidrios, obra renacentista hábilmente recompuesta en nuestro siglo por su propietario el escultor Juan Cristóbal. Dicho palacio, con muy interesantes jardines, perteneció originariamente a don Juan Fernández Pacheco, duque de Escalona y marqués de Villena y tras muchas vicisitudes llegó, en los años veinte de nuestro siglo, al conde de Romanones quien se llevó a su quinta de Buenavista, en la vega de Toledo sobre el Tajo, algunos elementos del palacio. De este modo parte del palacio de Cadalso, que en 1833 había sido «transferido» a Madrid, volvía desmembrado a ser de nuevo toledano. Pero este ir y venir de elementos arquitectónicos, en versiones de mucha importancia, es una historia larga y compleja que produjo obras tan formadas como el castillo-palacio de Viñuelas, en parte con fragmentos arquitectónicos de gran belleza procedentes del convento de San Francisco de Cuéllar, en la provincia de Segovia, y de otros lugares.

Si hubiera que escoger otro ejemplo palaciego nos trasladaríamos al Nuevo Baztán, donde se produjo a comienzos del siglo XVIII una de las experiencias de colonización interior más notables del país, muy anterior a las más conocidas de las Nuevas Poblaciones de Carlos III. Todavía reinaba el último de los Austrias cuando un banquero y empresario de ori-

gen navarro, don Juan de Goyeneche, a quien debemos entre otras cosas la publicación de la «Gaceta de Madrid», acometió «el primer ejemplo de fundación particular de tipo colvertiano en España», en palabras de Caro Baroja. Para ello contó con el servicio de José Benito Churriguera a quien debió dictar el programa urbanístico y arquitectónico, esto es, un palacio, una iglesia, casas para los colonos y un establecimiento industrial para fabricar vidrios finos, con sus hornos, almacenes y oficinas. Churriguera supo interpretar magistralmente aquel proyecto convirtiendo el conjunto de Nuevo Baztán en un modelo urbano absolutamente singular. Por desgracia no menudearon los Goyeneche y experiencias de aquel porte no se volverían a repetir en nuestro suelo con excepción, una vez más, de la iniciada por Felipe V en el Real Sitio de San Fernando (San Fernando de Henares). Este no se concibió como lugar de residencia sino como complejo industrial y, muy principalmente, según ha estudiado Aurora Rabanal, para la fabricación de paños finos.

Finalmente cabe preguntarse si los propios ayuntamientos no promovieron alguna arquitectura de interés. En este sentido entiendo que en general no contaron los ayuntamientos madrileños con demasiados recursos propios, bien porque sus tierras fueran de realengo y señorío, bien por su corta población, el hecho es que si la casa consistorial revela en alguna medida un cierto potencial de su ayuntamiento, aquella ofrece en general una imagen muy menguada. Ello no quita el interés de su arquitectura en casos tan señalados como los de Colmenar de Oreja o Chinchón, bien integrados en sus respectivas plazas, pero donde sus materiales y contrucción en nada evidencian su mayor jerarquía respecto a las casas comunes colindantes. Normalmente esta obra se hace «a costa» de la villa, como se lee en el Ayuntamiento de Lozoya y cuando encontramos un edificio de cierta singularidad por sus dimensiones, mejores materiales y empeño arquitectónico, como sucede con el Ayuntamiento de Torrelaguna, hemos de pensar en un bienhechor como aquí resultó ser, una vez más, el cardenal Cisneros.

La dotación de nuevos ayuntamientos a la Comunidad se encuentra en el programa que en estos momentos se está desarrollando para los que uno pediría consecuencia con el lugar. Así mismo otros servicios como parques de bomberos, cementerios, centros cívicos, educativos y deportivos, etc. se incorporan ahora con fuerza a esta desigual historia de nuestros pueblos que, cuando menos y a través de una arquitectura de indiscutible calidad, pondrán en sincronía el lugar con el tiempo.